

guas. (1) E quiso nuestro Señor, ya que la noche sobrevénia, mostrarnos una Torre, y buen Aposento en un Cerro, donde asimismo nos hicimos fuertes: é por aquella noche nos dejaron, aunque casi al Alba hubo otro cierto rebato, sin haber, de que mas del temor, que ya todos llevabamos, de la multitud de la Gente, que á la continua nos seguía el alcance.

*XLV. Prosi-  
gue Cortés el  
Camino á Tlax-  
cala, peleando  
siempre, y au-  
mentandose los  
Indios: es he-  
rido de dos pe-  
dradas, y como  
quedó victorio-  
so en la Ba-  
talla de Otum-  
ba.*

Otro dia me partí á una hora de el dia por la orden ya dicha, llevando mi delantera, y rezaga á buen recaudo: y siempre nos seguían de una parte, y otra los Enemigos, gritando, y apellidando toda aquella Tierra, que es muy poblada. E los de Caballo, aunque éramos pocos arremetiamos, y hacíamos poco daño en ellos, porque, como por allí era la Tierra algo fraga- sa, se nos acogian á los Cerros. Y de esta manera fui- mos aquel dia por cerca de unas Lagunas (2) hasta que llegamos á una poblacion buena á donde pensamos ha- ber algun reencuentro con los del Pueblo. E como lle- gamos lo desampararon, y se fueron á otras poblaciones, que estaban por allí á la redonda: é allí estube aquel dia, y otro, porque la Gente, así heridos, como los sanos venían muy cansados, y fatigados, y con mu- cha hambre, y sed: y los Caballos asimismo trahíamos bien cansados, é por que allí hallamos algun maiz, que comimos, y llevamos para el Camino cocido, y tostado. Y otro dia nos partimos, y siempre acompañados de Gente de los contrarios: é por la delantera, y rezaga nos acometían, gritando, y haciendo algunas arremeti- das. E seguimos nuestro Camino por donde el Indio de Tascaltecal nos guiaba: por el qual llevabamos mucho tra- bajo, y fatiga, porque nos conbenia ir muchas vezes fuera de Camino: é ya que era tarde llegamos á un Llano, donde había unas Casas pequeñas, donde aquella noche nos apo-

(1) En el Mapa, que está á el principio de este Tomo, está señalada la Ru- ta, ó Camino, que trujo Cortés, quando vino á México la primera vez, su salí- da de que aquí habla, hasta llegar á Tlaxcala, y la segunda jornada, en que ga- nó á la Ciudad.  
(2) Estas Lagunas son las de Zumpango, Xaltocán, y San Christó bal.

aposentamos con harta necesidad de comida. E otro dia luego por la mañana comenzamos á andar, y aun no éramos salidos al Camino, quando ya la Gente de los Enemigos nos seguía por la rezaga: y escaramuzando con ellos, llegamos á un Pueblo grande, que estaba dos leguas de allí: y á la mano derecha de él estaban al- gunos Indios encima de un Cerro pequeño. E creiendo de los tomar, porque estaban muy cerca de el Camino, y tambien por descubrir si había mas Gente, de la que parecía detrás de el Cerro, me fuy con cinco de Ca- ballo, y diez, ó doce Peones, rodeando el dicho Cerro. E detrás de él estaba una gran Ciudad de mucha Gen- te, con los cuales peleamos tanto, que por ser la Tierra, donde estaban algo áspera de piedras, y la Gente mucha, y nosotros pocos, nos convino retraher al Pueblo, donde los nuestros estaban. E de allí salí yo muy mal herido en la Cabeza de dos pedradas: y despues de me haber atado las heridas, hice salir los Españoles de el Pueblo; porque me pareció, que no era seguro Aposento para noso- tros. E así caminando, siguiendonos todavía los Indios en harta cantidad, los cuales pelearon con nosotros tan reciamente, que hirieron quatro, ó cinco Españoles, y otros tantos Caballos: y nos mataron un Caballo, que aunque Dios sabe quanta falta nos hizo, y quanta pena recibimos, con habernosle muerto, porque no teniamos despues de Dios, otra seguridad, si no la de los Caballos, nos consoló su carne, porque la comimos, sin dejar cuero, ni otra cosa de él segun la necesidad, que trahía- mos: porque despues, que de la gran Ciudad salimos nin- guna otra cosa comimos, sino maiz tostado, y cocido: y esto no todas vezes, ni abasto, y yervas, que cogía- mos de el Campo. E viendo, que de cada día sobreve- nía mas Gente, y mas recia, y nosotros ibamos enfla- queciendo, hice aquella noche, que los heridos, y do- lientes, que llevabamos á las ancas de los Caballos, y acuestas, hiciesen maletas, y otras maneras de ayudas, como se pudieffen sostener, y andar, porque los Caba- llos, y Españoles sanos estuvieffen libres para pelear. Y

*XLVI. Llegó  
Cortés al Puen-  
te de Guadalu-  
pe, y se le pre-  
sentó el Tlaxca-  
lteca, y se le  
dijo de los Indios  
que le seguían.  
Después de  
esto, se fue á  
Tlaxcala, y se  
le presentó el  
Tlaxcalteca, y  
se le dijo de  
los Indios que  
le seguían.  
Después de  
esto, se fue á  
Tlaxcala, y se  
le presentó el  
Tlaxcalteca, y  
se le dijo de  
los Indios que  
le seguían.*

pareció, que el Espíritu Santo me alumbró (1) con este aviso, segun lo que á otro día siguiente sucedió; que habiendo partido en la mañana de este Aposento, y siendo apartados legua, y media de él, yendo por mi Camino, salieron al encuentro mucha cantidad de Indios, y tanta, que por la delantera, lados, ni rezaga, ninguna cosa de los Campos, que se podían ver había de ellos vacía. Los quales pelearon con nosotros tan fuertemente por todas partes, que casi no nos conocíamos unos á otros, tan juntos, y embueltos andaban con nosotros. (2) Y cierto creímos ser aquel el último de nuestros días, segun el mucho poder de los Indios, y la poca resistencia, que en nosotros hallaban, por ir, como íbamos muy cansados, y casi todos heridos, y desmayados de hambre. Pero quiso nuestro Señor mostrar su gran poder, y misericordia con nosotros: que con toda nuestra flaqueza quebrantamos su gran orgullo, y soberbia, en que murieron muchos de ellos, y muchas Personas muy principales, y señaladas; porque eran tantos, que los unos á los otros se estorbaban, que no podían pelear, ni huir. E con este trabajo fuimos mucha parte de él día, hasta que quiso Dios, que murió una Persona de ellos, que debía ser tan Principal, que con su muerte cesó toda aquella Guerra. Así fuimos algo mas descansados, aunque todavía mordiendonos hasta una Casa pequeña, que estaba en el Llano, adonde por aquella noche nos aposentamos, y en el Campo. E ya desde allí se percibían ciertas Sierras (3) de la Provincia de Tascaltecal, de que no poca alegría llegó á nuestro Corazon: porque ya conocíamos la Tierra, y sabíamos por donde habíamos de ir. Aunque no estábamos muy satisfechos de hallar los Naturales de la dicha Provincia seguros, y por nuestros

Ami-

(1) Dice bien, pues sólo Dios pudo haber obrado semejantes maravillas, y con esto se deben confundir, los que minoran el mérito de la Conquista. Era otro Moyses, quando dijo á el Pueblo el Señor peleará por vosotros. Cap. 14. Exodi.

(2) La Batalla junto á Otumba.

(3) Los Pueblos, y Campos donde fueron estas Batallas, están antes de llegar á Puebla, y entre Otumba, y dicha Ciudad; y llaman los Llanos de Apan; y allí se descubre la Sierra de Tlaxcala.

Amigos: porque creíamos, que viendonos ir tan desbaratados, quisieran ellos dar fin á nuestras vidas, por cobrar la libertad, que antes tenían. El qual pensamiento, y sospecha nos puso en tanta afliccion, quanta trahíamos viniendo peleando con los de Culúa.

El día siguiente, siendo ya claro, comenzamos á andar por un Camino muy llano, que iba derecho á la dicha Provincia de Tascaltecal, por el qual nos siguió muy poca Gente de los Contrarios, aunque había muy cerca de él muchas, y grandes Poblaciones, puesto que de algunos Cerrillos, y en la rezaga, aunque lejos, todavía nos gritaban. E así salimos este día, que fué Domingo á ocho de Julio, de toda la Tierra de Culúa, y llegamos á Tierra de la dicha Provincia de Tascaltecal, á un Pueblo de ella, que se dice Gualipan, (1) de hasta tres, ó quatro mil Vecinos, donde de los Naturales de él fuimos muy bien recibidos, y reparados en algo de la gran hambre, y cansancio, que trahíamos: aunque muchas de las Provisiones, que nos daban, eran por nuestros dineros, y aunque no querían otro, sino de Oro, y éranos forzado dárselo, por la mucha necesidad en que nos víamos. En este Pueblo estube tres días, donde me vinieron á ver, y hablar Magiscacin, y Sicutengal, y todos los Señores de la dicha Provincia, y algunos de la de Guazucingos (2) los quales mostraron mucha pena, por lo que nos había acaecido; é trabajaron de me consolar, (3) diciendome, que muchas veces ellos me habían dicho, que los de Culúa eran Traydores, y que me guardasse de ellos, y que no lo había querido creer. Pero que pues yo había escapado vivo, que me alegrasse, que ellos me ayudarían hasta morir, para satisfacerme de el daño, que aquellos me habían hecho: Porque demás de les obligar á ello, ser Vasallos de Vuestra Alteza, se dolían de muchos Hijos, y Herma-

QQ

nos;

(1) Hueyothlipan de la Señoría, ó República de Tlaxcala.

(2) Huajocingo, otra de las Señorías, ó Republicas.

(3) Esta prueba de fidelidad, y honradéz de estas Señorías, es digna de alabar, y mas viendo á Hernan Cortés herido, deshechos los suyos, pobres, y muertos de hambre.

*XLVI. Llegó Cortés al Pueblo de Gualipan, en la Provincia de Tascaltecal, y es bien recibido, y visitado de los Señores de aquellas Provincias, y la ofrecen llevar á su Ciudad, donde descansase: sabe las muertes de un Criado suyo, y algunos Españoles, que llevaban el Oro, y otras cosas á México, y que los de la Vera Cruz estaban buenos.*

nos, que en mi compañía les habían muerto, y de otras muchas injurias, que los tiempos pasados de ellos habían recibido; y que tubiese por cierto, que me serían muy ciertos, y verdaderos Amigos, hasta la muerte. E que pues yo venía herido, y todos los demás de mi Compañía muy trabajados, que nos fuésemos á la Ciudad, que está quatro leguas de este Pueblo, é que allí descansaríamos, y nos curarian, y nos repararian de nuestros trabajos, y cansancio. E yo se lo agradecí, y acepté su ruego, y les dí algunas pocas cosas de Joyas, que se habían escapado, de que fueron muy contentos, y me fuy con ellos á la dicha Ciudad, donde asimismo hallamos buen recibimiento; y Magiscacin me trajo una Cama de Madera encasada, (1) con alguna Ropa de la que ellos tienen, en que durmiese, porque ninguna trajimos: y á todos hizo reparar de lo que él tubo, y pudo. Aquí en esta Ciudad había dejado ciertos enfermos, quando pasé á la de Temixtitán, y ciertos Criados míos con Plata, y Ropas mías, y otras cosas de Casa, y Provisiones, que yo llevaba, por ir mas desocupado, si algo se nos ofreciese: y se perdieron todas las Escrituras, y Autos, que yo había hecho con los Naturales de estas Partes, é quedando asimismo toda la Ropa de los Españoles, que con migo iban, sin llevar otra cosa mas de lo que llevaban vestido, con sus Camas: é supe como había venido otro Criado mio de la Villa de la Vera-Cruz, que trahía Mantenimientos, y cosas para mí, y con él, cinco de Caballo, y quarenta, y cinco Peones, el qual había llevado asimismo consigo á los otros, que yo allí había dejado con toda la Plata, y Ropa, y otras cosas, así mías, como de mis Compañeros, con siete mil Pesos de Oro fundido, que yo había dejado allí en dos Cofres, sin otras Joyas, y mas otros catorce mil Pesos de Oro en piezas, que en la Provincia de Tuchtébeque se habían dado á aquel Capitan, que yo embia-

ba

(1) Encasar es segun Covarrubias bolver un Hueso á su lugar, y por lo bien hecha, pudo usar Cortés este término para la Cama; aunque es natural, que dijese encaxar, que es usado en obras de Taracea.

ba á hacer el Pueblo de Quacucalco, y otras muchas cosas, que valian mas de treinta mil Pesos de Oro: y que los Indios de Culúa los habían muerto en el Camino á todos, y tomado lo que llevaban; y asimismo supe, que habían muerto otros muchos Españoles por los Caminos, los quales iban á la dicha Ciudad de Temixtitán, creiendo que yo estaba en ella pacífico, y que los Caminos estaban, como yo antes los tenía seguros. De que certifico á Vuestra Magestad, que hubimos todos tanta tristeza, que no pudo ser mas; porque allende de la pérdida de estos Españoles, y de lo demás que se perdió, fue renovarnos las muertes, y pérdidas de los Españoles, que en la Ciudad, y Puentes de ella, y en el Camino nos habían muerto: en especial que me puso en mucha sospecha, que asimismo hubiesen dado en los de la Villa de la Vera-Cruz, y que los que teníamos por Amigos, sabiendo nuestro desbarato, se hubiesen rebelado. E luego despaché, para saber la verdad, ciertos Mentajeros, con algunos Indios, que los guiaron: á los quales les mandé, que fuesen fuera de Camino, hasta llegar á la dicha Villa, y que muy brevemente me hiciesen saber lo que allá pasaba. E quiso nuestro Señor, que á los Españoles hallaron muy buenos, y á los Naturales de la Tierra muy seguros. Lo qual sabido, fue harto reparo de nuestra pérdida, y tristeza: aunque para ellos fue muy mala nueva, saber nuestro suceso, y desbarato. En esta Provincia de Tascaltecal estube veinte días, curandome de las heridas (1) que trahía, porque con el camino, y mala cura, se me habían empeorado mucho, en especial las de la cabeza, y haciendo curar asimismo á los de mi Compañía, que estaban heridos; algunos murieron, así de las heridas, como del trabajo pasado, y otros quedaron mancos, y cojos, porque trahían muy malas heridas, y para se curar había muy poco refrigerio: é yo asimismo quedé

man-

QQ2

(1) Cortés fué herido gravemente una vez en la Cabeza, otra en una Pierna, y otra en una Mano.

manco de dos dedos de la mano izquierda.

*XLVII. Re-  
quieré los Cas-  
tellanos á Cor-  
tés se vuelva á  
la Vera Cruz:  
y quietádoslos,  
vá contra Te-  
peaca: vence  
los Indios, y dá  
muchos por Es-  
clavos, y en  
veinte dias su-  
jeta muchas Po-  
blaciones. Lle-  
ga á la Vera-  
Cruz un Capitan  
de Francisco de  
Garay, derrotado,  
y con su Gente  
herida.*

Viendo los de mi Compañía, que eran muertos muchos, y que los que restaban, quedaban flacos, y heridos, y atemorizados de los peligros, y trabajos en que se habían visto, y temiendo los por venir, que estaban á razon muy cercanos, fuy por muchas veces requerido de ellos, que me fuesse á la Villa de la Vera-Cruz, y que allí nos haríamos fuertes, antes que los Naturales de la Tierra, que teníamos por Amigos, viendo nuestro desbarato, y pocas fuerzas, se confederassen con los Enemigos, y nos tomassen los Puertos, que habíamos de pasar, y diessen en nosotros por una parte, y por otra en los de la Villa de la Vera-Cruz, y que estando todos juntos, y allí los Navíos, estaríamos mas fuertes, y nos podríamos mejor defender; puesto que nos acometiessen, hasta tanto que embiásemos por socorro á las Islas. E yo, viendo, que mostrar á los Naturales poco ánimo, en especial á nuestros Amigos, era causa de mas ayna dejarnos, y ser contra nosotros, acordándome, que siempre á los osados ayuda la fortuna, y que éramos Christianos, y confiando en la grandísima Bondad, y Misericordia de Dios, (1) que no permitiría, que del todo pereciésemos, y se perdiessse tanta, y tan noble Tierra, como para Vuestra Magestad estaba pacífica, y en punto de se pacificar; ni se dejasse de hacer tan gran servicio, como se hacía, en continuar la Guerra, por cuya causa se había de seguir la pacificación de la Tierra, como antes estaba; me determiné de por ninguna manera bajar los Puertos hacia la mar: antes pospuesto todo trabajo, y peligros, que se nos pudiessen ofrecer; les dije: que yo no había de desamparar esta Tierra: por que en ello me parecía, que demás de ser vergonzoso á mi Persona, y á todos muy peligroso: á Vuestra Magestad hacíamos muy gran Traicion. E que me determinaba de por todas las partes, que pudiesse bolver sobre los Enemigos, y ofenderlos por quantas vías á mí fuer-

(1) Dios les dió fortaleza: *Ipse dabit Virtutem, & fortitudinem Plebi suae*

fuesse posible. E habiendō estadō en esta Provincia veinte dias, aunque ni yo estaba muy sano de mis heridas, y los de mi Compañía todavia bien flacos: salí de ella para otra, que se dice Tepeaca, que era de la liga, y consorcio de los de Culúa nuestros Enemigos. De donde estaba informado, que habían muerto diez, ó doce Españoles, que venían de la Vera-Cruz á la gran Ciudad; por que por allí es el Camino. La qual dicha Provincia de Tepeaca (1) confina, y parte términos con la de Tascaltecal, y Chururtecal, porque es muy gran Provincia. Y en entrando por Tierra de la dicha Provincia, salió mucha Gente de los Naturales de ella á pelear con nosotros, y pelearon, y nos defendieron la entrada, quanto á ellos fue posible, poniendose en los Apuestos fuertes, y peligrosos. E por no dar cuenta de todas las particularidades, que nos acaecieron en esta Guerra, que sería prolijidad: no diré, si no que despues de hechos los requerimientos, para que viniessen á obedecer los mandamientos, que de parte de Vuestra Magestad se les hacían á cerca de la paz, y no los quisieron cumplir: y les hicimos la Guerra, y pelearon muchas vezes con nosotros. Y con la ayuda de Dios, y de la Real ventura de Vuestra Alteza, siempre los desbaratamos, y matamos muchos, sin que en toda la dicha Guerra me matassen, ni hiriesen, ni un Español. Y aunque como he dicho, esta dicha Provincia es muy grande: en obra de veinte dias ovesse pacíficas muchas Villas, y Poblaciones á ella sujetas. E los Señores, y Principales de ellas han venido á se ofrecer, y dar por Vasallos de Vuestra Magestad, y demás de esto he echado de todas ellas muchos de los de Culúa, que habían venido de esta dicha Provincia á favorecer á los Naturales de ella para nos hacer Guerra: e aun estorbarles, que por fuerza, ni por grado, no fuesen nuestros Amigos. Por manera, que hasta agora he tenido, en que entender en esta Guerra, y aun todavia no es acabada.

RR

(1) Tepeaca es de la Diocesis de la Puebla, como tambien Tlaxcala, y Cholula.

bada, porque aun quedan algunas Villas, y Poblaciones, que pacificar. Las quales con ayuda de nuestro Señor, presto estarán, como estas otras, sujetas al Real dominio de Vuestra Magestad. En cierta parte de esta Provincia, que es donde mataron aquellos diez Españoles, porque los Naturales de allí siempre estubieron muy de Guerra, y muy rebeldes, y por fuerza de armas se tomaron, hice ciertos Esclavos, de que se dió el quinto á los Oficiales de Vuestra Magestad: porque demás de haber muerto á los dichos Españoles, y rebeladose contra el Servicio de Vuestra Alteza, comen todos carne humana, por cuya notoriedad no embio á Vuestra Magestad probanza de ello. Y tambien me movió á facer los dichos Esclavos, por poner algun espanto á los de Culúa: y porque tambien hay tanta Gente, que si no ficieste grande, y cruel castigo en ellos, nunca se emendarían jamás. En esta Guerra nos andubimos con ayuda de los Naturales de la Provincia de Tascaltcal, y Chururtecal, y Guafuzingo, donde han bien confirmado la amistad con nosotros, y tenemos mucho concepto, que servirán siempre como leales Vasallos de Vuestra Alteza. Estando en esta Provincia de Tepeaca, faciendo esta Guerra, recibí Cartas de la Vera-Cruz, por las quales me hacían saber, como allí al Puerto de ella habían llegado dos Navíos de los de Francisco de Garay desbaratados: que segun parece él había tornado á embiar con mas Gente á aquel Rio grande, de que yo hice Relacion á Vuestra Alteza: y que los Naturales de ella habían peleado con ellos, y les habían muerto diez, y siete, ó diez, y ocho Christianos, y herido otros muchos. Asimismo les habían muerto siete Caballos, y que los Españoles, que quedaron se habían entrado á nado á los Navíos, y se habían escapado por buenos pies: é que el Capitan, y todos ellos venían muy perdidos, y heridos, y que el Teniente, que yo había dejado en la Villa, los había recibido muy bien, y hecho curar. E por que mejor pudiesen convalecer, había embiado cierta parte de los dichos Españoles á Tierra de un Señor,

nuef-

nuestro Amigo, que está cerca de allí, donde eran bien proveidos. De lo qual todo nos pesó tanto, como de nuestros trabajos pasados: é por ventura no les acaciera este desbarato, si la otra vez ellos vinieran á mí, como ya he hecho Relacion á Vuestra Alteza. Porque como yo estaba muy informado de todas las cosas de estas partes, pudieran haber de mí tal aviso, por donde no les acaciera, lo que les sucedió: especialmente, que el Señor de aquel Rio, y Tierra, que se dice Pánuco, se había dado por Vasallo de Vuestra Magestad. En cuyo reconocimiento me había embiado á la Ciudad de Temixtirán, con sus Mensajeros, ciertas cosas, como ya he dicho. Yo he escrito á la dicha Villa, que si el Capitan de el dicho Francisco de Garay, y su Gente se quisiesen ir, les den favor, y les ayuden para se despachar ellos, y sus Navíos.

Despues de haber pacificado, lo que de toda esta Provincia de Tepeaca se pacificó, y sujetó al Real Servicio de Vuestra Alteza, los Oficiales de Vuestra Magestad, y yo platicamos muchas vezes la orden, que se debia de tener en la seguridad de esta Provincia. E viendo como los Naturales de ella, habiendose dado por Vasallos de Vuestra Alteza, se habían rebelado, y muerto los Españoles: y como están en el Camino, y paso por donde la contratacion de todos los Puertos de la Mar es para la Tierra dentro: y considerando, que si esta dicha Provincia se dejasse sola, como de antes, los Naturales de la Tierra, y Señorío de Culúa, que están cerca de ellos, los tornarían á inducir, y atraer á que otra vez se lebantassen, y rebelassen: de donde se seguiría mucho daño, y impedimiento á la pacificacion de estas partes, y al Servicio de Vuestra Alteza, y cesaría la dicha contratacion: mayormente, que para el Camino de la Costa de la Mar, no hay mas de dos Puertos muy agros, y ásperos, que confinan con esta dicha Provincia: y los Naturales de ella los podrían defender con poco trabajo suyo. E así por esto, como por otras razones, y causas muy combenientes, nos pareció, que

RR 2

para

XLVIII. De  
termina Don  
Fernando Cortes,  
con parecer de los  
suos, hacer una  
Ciudad en Tepeaca,  
llamandola Segura de  
la Frontera, y  
nombrala Justicia,  
y Regimiento, y otras  
cosas.